

A un hermano, cuyo anhelo
Es mi pasión destruir.

Fadrique.

Y mientras que de un tormento
A él salvas, muger querida,
Tú, encerrada en un convento,
Jemiras ya sin contento,
Y yo perderé la vida.

¡Olvidas que del Señor
Pretende, en su furia impía,
Hacerte esposa el traidor?
¡Ah! tú has jurado ser mía,
Como yo tuyo, mi amor.

Pues bien, huyamos: no así
Perdamos estos momentos:
Que si tú quedas aquí,
Pronto, entre crudos tormentos,
Oirás que he muerto por tí.

¡Ingrata! cuando te adoro
Cual nunca fué otra muger,
Tú te deleitas en ver
Por mí faz ardiente lloro
Continuamente correr.

Mas no importa: si atrevida
Te amó con afán mi alma,
No estés mas tiempo afligida,
Que, aunque me cueste la vida,
No he de turbar mas tu calma.

Iré por el mundo, solo,
Cual errante peregrino,
Siguiendo incierto camino,
Desde el uno al otro polo
Maldiciendo mi destino.

Queda á Dios; mas si algún día
Oyes que al fuerte dolor
Sucumbí de ardiente amor,
Sabrás que á la tumba fría
Fuí amándote con ardor.

Isabel.

¡Ah! Fadrique, tú has vencido:
Débil flor, sin guarda alguna,
Soy en el pensil florido,
A quien con mano importuna
Arranca el hombre atrevido.

~~~~~  
Y ya fuera del jardín,  
En donde las flores cándidas  
Suavemente se mecían  
Al impulso de las auras,  
Iban á poner los dos  
Henchidos de amor la planta,  
Cuando allá en las sombras lúgubres,  
Y á muy próxima distancia,  
Distinguieron dos personas  
Que ácia el jardín se acercaban.  
Al verlas, los dos quedaron  
Estáticos y sin habla,

Sin movimiento los pies,  
Y con inquietud el alma.  
—Fadrique, somos perdidos:  
Dijo Isabel consternada;  
Mi hermano es el que se acerca.  
Si aquí me encuentra me mata.  
—No temas, sol de mi vida,  
Aquí, tras de aquestas Hayas,  
A cubierto nos pondremos  
De su vista mientras pasa.  
Y esto diciendo, en los árboles  
Que entrelazados se alzaban  
Como torres gigantescas  
Hasta las nubes que pardas,  
Unas sobre otras veloces  
En raras formas cruzaban,  
Se ocultaron cuidadosos  
Perdida los dos la calma.  
Pronto Leonor y Fernando,  
Del brazo aquella apoyada  
De su adorado galán  
Que trae al cinto la espada,  
Llegaron á do Isabel  
Y Don Fadrique se hallaban,  
Que sin ser vistos oyeron  
Estas sentidas palabras.  
—Mi Leonor, tu inquietud pierde;  
Vuelva á tu pecho esa calma,  
Por la cual diera mi vida,  
Si ella á dártela bastara.  
Nadie ha seguido tus pasos;  
Y aquí con mi tierna hermana

Estarás mientras un ministro,  
Por el cual iré mañana,  
Viene para unir piadoso  
Nuestras manos y dos almas.  
—Fernando, de que te adoro  
Tienes hasta hoy pruebas hartas,  
Y esta noche la mas fuerte  
De darte mi amor acaba.  
Mas el pecho de mi padre  
Acerbo dolor embarga  
En este instante, y al mío  
Este recuerdo desgarrá.  
Como hija tierna padezco  
Al abandonar mi casa;  
Y como amante, disfruto  
A tu lado paz y calma.  
Y siguiendo su camino  
Por bajo las verdes ramas,  
Y por medio de una calle  
Que los árboles formaban,  
Los dos amantes entraron  
A la deliciosa casa,  
Mientras Isabel y Fadrique  
Su oculto rincón dejaban.  
—¡Aquí Leonor con Fernando....!  
Dijo, para sí con rabia,  
El infame Don Fadrique.  
Fiera ha de ser mi venganza....  
¡Oh! ya tengo en mi poder  
A su idolatrada hermana....  
Huiré con ella; y despues  
Vendrá por Leonor mi espada.

—¿Qué te detiene, Fadrique?  
Dijo Isabel asustada;  
Huyamos.—Si, sí, Isabel,  
Fuera un coche nos aguarda.  
Y esto diciendo pusieron  
Fuera del jardín la planta,  
Y huyeron precipitados,  
Temiendo los alcanzaran.  
Un hombre en este momento  
Embozado en una capa,  
Y por bajo de la cual  
Su largo acero asomaba,  
Con paso resuelto y firme  
Y respirando con ansia,  
Llegó al jardín, do entre sombras  
Envuelta natura estaba.  
—¡Oh! murmuró: ya son míos,  
Aquel viviente fantasma:  
No he de permitir en mi honra  
La mas leve y triste mancha.  
Y penetrando en la calle  
Formada de altivas hayas,  
En cuyas sonantes hojas  
Brillaban mil gotas de agua,  
Se dirigió, asaz airado,  
De Fernando á la morada,  
A cuya puerta al llegar  
Llamó tocando la aldaba.  
Don Fernando que furioso  
Por la ausencia de su hermana,  
Corria por todas partes  
Desatinando buscándola,

Al oír aquellos golpes  
Al balcon salió con ansia,  
De que fuera su Leonor  
Con la plácida esperanza.  
—¿Quién es, preguntó con voz  
Conmovida, el que así llama?  
—Un caballero.—¿A quién busca?  
—A Don Fernando de Ibarra.  
—¿Qué le quereis?—Verle á solas.  
—Ved que anhelais, que él os habla.  
—Temeis acaso bajar  
Hasta do estoy?—Basta, basta.  
No volverá vuestra lengua  
A proferir tal palabra,  
Que ya bajo en el instante  
Con este acero á arrancároslo.  
Y con impetu cerrando  
El balcon que al jardín daba,  
Del edificio la puerta  
Abrió al instante con rabia;  
Y al incógnito acercándose  
Que se cubría la cara  
Con el embozo, le dijo  
Arrogante estas palabras.

Fernando.

Ya estoy delante de vos,  
Caballero, Dios os guarde;  
Veremos quien el cobarde  
Es ahora de los dos.

Mas ¿por qué ocultais la faz  
Con el embozo? El malvado,

Y jamás el hombre honrado  
Oculta el rostro falaz.  
¿Quién sois?

Incógnito.

Seguidme, y sabreis.

Fernando.

Os sigo sin sobresalto;  
Que nunca de valor faltó  
A mi corazón vereis.

Y diciendo esto, los dos  
Como unas catorce varas  
De la casa se alejaron  
Donde Leonor se quedaba.  
Las negras y pardas nubes,  
Que fieras encapotaban  
El azul del claro cielo  
En formas tristes y varias,  
A desprenderse empezaron  
En espesas gotas de agua;  
Mientras la luz del relámpago  
Tempestad cruda anunciaba;  
Mas Fernando y el incógnito,  
Sin cuidar de la borrasca,  
Y atendiendo solamente  
A la furia de sus almas,  
Prosiguieron su camino  
Sin hablar una palabra,

Hasta que al fin el segundo  
Dijo cesando en su marcha.

Incógnito.

Ya adelante no paseis,  
Que aquí es donde quiero hablaros:  
Miradme ya sin turbaros:  
Fernando, ¿me conocéis?

Y quitándose el embozo  
Que le cubria la cara,  
Dejó ver la furia toda  
Que en ella estaba pintada.  
Retrocedió Don Fernando,  
Al ver la aparición rara,  
Sorprendido algunos pasos,  
Y así exclamó ya sin calma.

Fernando.

¡Vos, Don Diego! . . .

Diego.

Hombre cruel,  
Tú mi honor has mancillado,  
Y vengo, como hombre honrado,  
A lavar la mancha de él.

Tú la hija de mi amor  
Me has robado, fementido,  
Y yo he tus pasos seguido  
Por salvar mi honra y su honor.

Ya no puedes de mí kuir:  
Mi voluntad ahora rija,  
Que es llevar mi amada hija  
Despues de verte morir.

Fernando.

Don Diego, vuestro rigor  
Contened, que es facil cosa,  
Haciéndola yo mi esposa,  
Salvar vuestra honra y su honor.

Que nunca, testigo es Dios,  
Otro fué mi pensamiento:  
Dádmela, pues, y el contento  
Renazca otra vez en vos.

Diego.

¿Qué has osado proferir?  
¿Yo darte mi hija? . . . . primero  
La mataré con mi acero  
Que tal cosa consentir.

A Fadrique destinada  
Tengo ha tiempo su beldad,  
Y variar mi voluntad  
No hará ya en el mundo nada.

Pero es inútil ya dar  
Razones que causar mengua,  
Cuando en lugar de la lengua  
El acero debe hablar.

Fernando:

Sacadle si habeis razon;  
Vedme á vuestros pies rendido;  
Y si en algo os he ofendido  
Traspasad mi corazon.

Sabeis que tengo valor;  
Y que cuando humilde os ruego,  
Debo de tener, Don Diego,  
A vuestra hija mucho amor.

Diego.

¡Vos á mis plantas! . . . tal vez.  
Esa accion la cobardia  
Os la inspira: la osadia  
No se rinde á la altivez.

Fernando.

¡Yo cobarde! sí altanero  
Otro ¡oh Dios! me lo dijera,  
Ya muerto al punto le hubiera  
Con la punta de mi acero.

Mas sufra esta humillacion  
Quien tanto á Leonor adora:  
Decidme hasta vil ahora  
Sin temer mi indignacion.

Y no á infame cobardía  
Mi respeto atribuyais,

Pues bien persuadido estais  
De mi esfuerzo é hidalguia.

Diego.

Pues reñid; que pensaré,  
Si así seguís abatido,  
Fernando, que habeis mentido,  
Y por cobarde os tendré.

Fernando.

¡Yo mentir! ¡Ah! ¿que decis...?  
Ved que os engañais, Don Diego.

Diego.

Pues sacad la espada luego  
Y sepa que no mentis.

Fernando.

No, no: jamas contra vos  
La he de sacar.

Diego.

Os desprecio.  
Tened; y sereis un necio  
Sino os vengais, vive Dios.

Dijo imprimiendo en el rostro  
Del jóven que suplicaba,

Con insultante desprecio  
Una horrible bofetada.  
Entonces Fernando, ciego,  
Echando mano á la espada,  
Se levantó, ardiendo en ira,  
Y dijo á Diego con rabia,

Fernando.

¡Ah! ¿que habeis hecho...? Llegar  
Pudo hasta aquí el sufrimiento.  
Sacad la espada al momento,  
Que esta afrenta he de vengar.

La he de vengar, sí, por Dios...  
Temblad que ya no me abato;  
Mas Don Diego, si yo os mato,  
La culpa la tendreis vos.

Y cruzando los aceros,  
Sin pronunciar mas palabras,  
Se acometieron los dos  
Con imponderable rabia.  
Crecia en este momento,  
De ellos á la par del ánsia  
Conque mudos combatian,  
La destructora borrasca.  
Silbaba con fuerza el viento  
Haciendo oscilar las hayas,  
Y el relámpago lucia  
En las cortantes espadas.  
Don Diego con gran destreza  
Y con notable pujanza,

Sin descansar en sus golpes,  
Con su contrario cerraba;  
Mas Don Fernando que diestro  
En estas lides estaba,  
Resistiendo á su enemigo  
Con la muerte le amagaba.  
Así por espacio largo,  
Sin en nadie haber ventaja,  
Combatieron decididos  
A dar la muerte ó á hallarla.  
Hasta que Don Diego al fin  
Recibiendo una estocada,  
Lanzando un ¡ay! lastimero,  
Cayó en tierra con mil ansias.  
Corrió Fernando asustado,  
Sin embainar la su espada,  
Hasta bajo del balcon  
Gritando:—Mi Leonor, baja.  
—¿Nos han descubierto? dijo  
Esta, saliendo sin calma  
Al balcon.—Si; baja: huyamos,  
Que nos perdemos si tardas.  
Bajó Leonor al instante  
Llena de inquietud el alma,  
A donde estaba su amante  
Con impaciencia esperándola.  
Y al ver á la roja luz  
De un relámpago que pasa,  
La hoja del cortante acero  
En roja sangre manchada,  
Esclamó: ¡gran Dios! ¡qué miro! . . .  
Está ensangrentada esa arma! . . .

¿Has herido á alguno? dime,  
Fernando, por piedad, habla.  
—No; pero huyamos, mi amor:  
Pues nos perdemos si tardas  
En seguirme: se que vienen  
A sorprenderte en mi casa.  
Leonor toda temerosa  
De Fernando á las palabras,  
Siguió sus pasos al punto  
En extremo consternada.  
Pero pronto tropezando  
Con un cuerpo la su planta,  
Detuvo ésta con horror,  
Su sangre el temer helándola.  
—¿Qué hay aquí? . . . ¡Cielos! . . . un hombre . . .  
Esclamó con voz cortada.  
—¿No me conoces, Leonor? . . .  
Dijo Don Diego mirándola.  
—¡Mi padre! . . . ¡gran Dios! . . . que veo! . . .  
—No: no es mi hija quien me mata,  
—¡Ah! dejad que vuestra herida  
Cierren mis lábios. . . —Aparta;  
Que prefiero á tus cuidados  
La muerte que ya me aguarda.  
Fernando que en este encuentro  
Su desventura miraba,  
Se acercó á Leonor queriendo  
Del sitio aquel apartarla;  
Pero ella de sí alejándole,  
Y vertiendo tristes lágrimas,  
Le dijo con faz severa:  
Huye monstruo. . . . ¿No te basta

Haberme de él apartado,  
Sino que tambien le matas?  
—Leonor, tu dolor comprendo  
Y perdono esas palabras. . . .  
Replicóla Don Fernando  
Con voz placentera y blanda.  
Mas te juro que inocente  
Está, sí, Leonor, mi alma;  
Pero sígueme;—No; nunca:  
De sangre un mar nos separa  
Que tu has hecho que corriera  
Entre mi casa y tu casa.  
Replicó Leonor latiéndola  
El pecho tierno con ansia.  
Y cayendo de su padre  
A los pies arrodillada,  
Prosiguió con fuerte afán  
Pronunciando estas palabras.  
;Perdonadme, padre mio! . . . . .  
Perdonadme! . . . .—Huye, hija ingrata,  
Huye para que la muerte  
No me sea tan amarga.  
—;Ah! cuán infelice soy  
Esclamó la desgraciada.  
;Cuan infeliz! . . . Mas Fernando  
Que veia en la tardanza  
Su perdicion infalible,  
De la cintura agarrándola,  
Sacóla en brazos al punto  
Huyendo con breve planta.

Y abandonado don Diego  
Quedó en el jardín herido,  
Y lanzó triste un gemido  
Al ver partir á Leonor:  
Que aunque estaba contra ella  
Tan altamente enojado,  
Era padre el desdichado,  
Y padre lleno de amor.

;Huye con él y me deja  
Cuando me encuentre espirando! . . . .  
Dijo el infeliz llorando:  
;Huye sin decirme á Dios! . . . . .  
Vuelve, hija mia, sí, vuelve:  
Vuelve y perdona mi encono,  
Vuelve ;ay Dios! ya te perdono,  
Vivamos juntos los dos.

Pero sus voces ninguno  
En el jardín las oia,  
Que el huracán que crecia  
Las apagaba al pasar:  
Y á las lágrimas amargas  
Que vertia sin consuelo,  
Se unia el agua que el cielo  
Arrojaba sin cesar.

Y entre el lodo y en la sangre  
Que brotaba de su herida,  
Con la faz descolorida,  
Casi prócsimo á espirar,  
Don Diego se revolcaba  
Tristes jemi dos alzando.



Que alguno fuera esperando  
En su mal á le auxiliar.

Pero á su jemir amargo,  
Y á su ya debil acento,  
Solo respondia el viento  
Y del rayo el trueno atroz:  
Y ya el triste resignado  
Se puso á esperar la muerte,  
Cuando un hombre, por su suerte,  
Al jardín llegó veloz.

—Gracias á Dios ó al demonio,  
Dijo con terrible acento,  
El hombre que en tal instante  
Llegó á aquel sitio tremendo.  
Si; gracias á Dios ó al diablo  
Porque al fin al lugar entro  
Donde Leonor y Fernando  
Se encuentran: valedme, cielos,  
Y dad favor á un amante  
Què sufre crudos tormentos.  
En una quinta cercana  
A Isabel segura dejo,  
Y sin sospecha ninguna  
Tranquila duerme en su lecho.  
Valor, Fadrique: las sombras  
De la noche á tus deseos  
Son propicias: adelante;  
Y si no Dios, el infierno  
Te ayudará, que es lo mismo,  
Si al fin consigues tu anhelo.  
Y al decir esto á la casa  
Marchaba con paso recto,

Cuando tropezó su planta,  
Del anciano con el cuerpo.  
—¡Ay.... yo espiro!.... con voz débil  
Esclamó el pobre don Diego.  
Y el jardín volvió á quedar  
En el mas triste silencio,  
Interrumpido tan solo  
Por el rujido del viento.  
—¿Quién sois?.... preguntó Fadrique....  
Mas al retumbar el trueno,  
La roja luz del relámpago  
Alumbró su rostro, y.... —¡Cielos!....  
Dijo Espíndola: ¡que miro!....  
¡Sois vos!.... miradme, don Diego.  
—Fadrique!.... Gracias, Dios mio,  
Que habeis óido mis ruegos.  
—¡Ah! decid quien con su espada  
Atravesó yuestro pecho?  
Decidme, sí, quien ha sido;  
Que aunque se esconda en el centro  
De la tierra he de vengaros:  
Decid quien es al momento.

Diego.

Pues tú lo quieres, Fadrique,  
Aunque me desprecies luego,  
Oye la verdad.—Mi hija,  
De quien á ser ibas dueño,  
Esta noche con Fernando....

Fadrique.

No prosigáis: que mis celos

A este sitio me han guiado.....  
Todo lo sé.

Diego.

Pues queriendo

Castigar al inhumano  
Que me robó mi contento,  
He recibido esta herida.  
Batiéndome cuerpo á cuerpo  
Con él, que en tierra al mirarme,  
Con Leonor huyó al momento.

Fadrique.

¡Esto faltaba á mis penas!  
¿Y no baja de ese cielo  
Un rayo que me aniquile?.....  
Mas no perdamos el tiempo  
En quejas que nada alcanzan.  
Y agarrando en el momento  
En sus brazos, con cuidado,  
Al desdichado don Diego,  
Entró con él en la casa  
De Fernando así diciendo.  
“Nada temáis por vuestra hija:  
Nada temáis; que os prometo,  
En cuanto ya mas tranquilo,  
Esteis, mi señor don Diego,  
Marchar tras de aqueso hombre;  
Y juro á los altos cielos  
De su poder arrancarla  
Despues de dejarle á él muerto”.



## SEGUNDA PARTE.

### DIOS Y EL AMANTE:

La su noble faz nublaste  
Con nube de deshonra;  
Mas yo destaré la niebla,  
Que es mi fuerza la del sol.  
Que la sangre despercude  
Mancha que finca el honor;  
Y ha de ser, si bien me lembo,  
Con sangre del malhechor.

Romancero del Cid.

### I.

H agamos, lector, un viaje,  
Si te parece, los dos,  
Tras de un alto personaje,  
Que yo te daré carruaje  
Para seguirle, por Dios.

Que los poetas tenemos  
Privilegios tan sin tasa,  
Que vamos donde queremos,  
Y sin movernos de casa  
Todo el mundo recorremos.

Y así van las cosas bien;  
Que gente somos urbana  
Que sin ver cómo ni á quien,